

FRANKLIN

La Ciudad del Pecado

Aarón Abarca



© Franklin - La Ciudad del Pecado.
Colección: Novela Negra
Sello: VOX
Primera edición: Abril 2021

© Aarón Abarca

Edición general: Martín Muñoz Kaiser
Ilustración de portada: José Canales
Corrección de estilo y textos: Virginia Gutierrez
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser



© Áurea Ediciones
www.facebook.com/aureaedicioneschile
[@aureaediciones1](https://www.instagram.com/aureaediciones1)
www.aureaediciones.cl
Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile

ISBN: 978-956-6021-56-8
Registro de Propiedad Intelectual N°: 2021-A-1596
Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

Esta obra está dedicada a mi hija Julieta y a Nikole.
Muchas gracias por cambiarme la vida, lo necesitaba.
Mi amor hacia ustedes es instintivo y sin condiciones.
Esta obra también está dedicada a la memoria de Mía,
de no ser por ella, no escribiría.

Si quieres cambiar al mundo, cámbiate a ti mismo.
Mahatma Gandhi

*Cada día me miro en el espejo y me pregunto:
Si hoy fuese mi último día de mi vida,
¿Querría hacer lo que voy a hacer hoy?
Si la respuesta es "No" durante demasiados días seguidos,
sé que necesito cambiar algo.*
Steve Jobs

Víctor sostuvo con ambas manos el frasco con el misterioso. Observó a su alrededor y sintió que el tiempo se tornaba lento. Tal vez él no era el indicado y quizás alguien más del grupo debía asumir la responsabilidad. Víctor era un novato en comparación con el resto, pero esperaba que sus equivocaciones lo hubieran hecho madurar: lo hubieran hecho recapacitar sobre sus acciones y aprender de sus errores.

Una bandada de traros volaban de forma aleatoria, lanzando graznidos quejumbrosos, recortándose contra el oscuro cielo. Una descarga de relámpagos carmesí iluminó el encapotado firmamento, anunciando un mediodía indistinguible. Los truenos sonaron como las trompetas del apocalipsis. El fenómeno estaba ocurriendo en todo el planeta y solo él podía salvar la humanidad. Abrió la botella y observó el rostro pálido de Alexander, quien asintió inseguro. Mientras la botella se acercaba a sus labios, Víctor cerró los ojos y recordó...

I

21 de junio, 06:00 am

Hoy era el día. Se levantó de un salto. Se puso sus calcetines y calzoncillos del Hombre Araña y sobre ellos, la camisa y el traje. Se miró al espejo para cerciorarse de que no tenía ninguna impureza en su rostro, ningún cabello sin rasurar. Volvió a peinarse a la derecha y a enjuagarse el rostro.

Cuando llegó al comedor de diario, Fabiola, su madre, le preparaba tostadas con mantequilla.

—¿Nervioso? —consultó Fabiola, llenando de agua hirviendo la taza de su hijo.

—Para nada —Víctor golpeaba la mesa con la punta de los dedos, llevando el ritmo. Se pasó la palma de la otra mano por la punta de la nariz, sin siquiera darse cuenta.

—Hoy es el día, campeón —exclamó don René, acomodándose frente a su hijo—. ¿Preparado? —Víctor asintió y su padre lo miró sonriente antes de suspirar—. Me hubiera gustado ir a dejarte, pero tengo que ir por unos planos. Pero ayer hablé con el vecino: él te lleva sin problemas —Fabiola vio la decepción en los ojos de su hijo. Le dio un puntapié a su esposo por debajo de la mesa. El señor Arévalo miró a su esposa y entendió—: Te va a ir bien, campeón.

Víctor sonrió y respiró con más calma. Su madre asintió y lo abrazó.

—Ya eres todo un hombre, hijo —sonrió Fabiola con la mirada llena de orgullo.

El cielo estaba gris y el viento soplaba cálido. Víctor fue hasta la casa de los Salinas. Nadie se explicaba cómo esa familia podía mantenerse. Ninguno de ellos trabajaba, pero nunca se les supo de deuda alguna o de que les cortaran algún suministro. Tocó la puerta. Le abrió Rodrigo Salinas, el único hijo de la familia. Lo miró recordando que había prometido ir a dejarlo.

—Hola, Rorro...

La puerta se cerró en su cara. Sonrió confundido.

Pasaron alrededor de veinte segundos y volvió a salir Rodrigo, enfurecido, en pijamas. Había entrado a ponerse un par de calcetines y zapatillas para conducir. Subieron al Chevrolet Spark verde. Sin colocarse el cinturón de segu-

ridad, su vecino encendió el motor y se quitó las lagañas de los ojos, bostezó y puso primera mientras se rascaba la oreja. Luego procedió a ignorar los intentos de Víctor por entablar conversación, guardando un pétreo silencio hasta que llegó a la jefatura.

—Gracias —dijo Víctor, abriendo la puerta.

—Son diez mil —Rodrigo estiró la mano.

—No sabía. No tengo plata. Lo siento, te pago cuando llegue a la casa —tartamudeó.

Rodrigo aceleró, dejándolo solo en la calle. El edificio de la policía, en la intersección Carmen con Pintor Cicarelli. Había sido construido el 2011 y cubría casi quinientos metros cuadrados. Estaba diseñado para dar una sensación acogedora y seria, prefiriendo las líneas rectas y limpias, y el hormigón armado a la vista, para demostrar la solidez cívica y el alma pública de una institución creada para ayudar y servir. El diseño modernista destacaba en la ciudad de Franklin, haciendo el edificio más visible para los ciudadanos.

Víctor quedó maravillado con la estructura que parecía una U, cuyas oficinas se conectaban a un pasillo interior de doble altura, que daban la impresión de formar un enorme engranaje. Antes de subir por las escaleras, se revisó el dobladillo con quiebre de su pantalón azul marino, planchado de forma perfecta, que caía un poco más arriba de los cordones de los zapatos negros. Inspeccionó el bolsillo derecho de su saco: tocó su celular, la billetera y las llaves de su casa. Llevaba la carpeta beige con todos sus papeles dentro bajo el brazo. Nada podía salir mal. Se abotonó los tres botones de la muñeca y sacudió su chaqueta hacia delante desde su pecho con ambas manos, miró al cielo y sonrió.

—Hazte a un lado, mocososo —dijo un oficial, empujando a Víctor para apartarlo de su camino.

—¡Mira, Risco! Un novato —exclamó un presidiario que bajaba esposado de una furgoneta de la policía. Tras él bajó otro reo.

Cuando pasaron frente a Víctor, escupieron en sus zapatos.

—Hoy almorzamos ternero a la gargaja, Paul —dijo el segundo truhan.

Los oficiales que los escoltaban rieron ante la broma.

—A eso le llamo yo una buena bienvenida ¿No, Paul?
—Ambos siguieron su camino mientras eran escoltados por otros oficiales que rieron al ver los zapatos de Víctor con escupitajos verdes—. ¡No olvides lamer los zapatos de tus jefes, perro!

Víctor sacó un pañuelo de su bolsillo y se puso a lustrar sus zapatos: quedaron aún más brillantes y eso le hizo sonreír. Volvió a levantarse, esta vez más erguido y con el pecho inflado, como si le hubiesen dado una cálida bienvenida.

En la entrada del departamento de policías, el detective Armando Fuentealba y la detective Isabella Cárdenas tomaban café; él bebía un expreso y fumaba un cigarrillo; Isabella soplaba un vaso con café negro, miel y leche. Hablaban sobre el juego del día anterior y lo mucho que la detective había ganado apostando. Lo que había pasado el domingo cerca de la media noche había sido histórico. Nadie hubiese adivinado que el equipo más grande del mundo perdería la final contra un equipo modesto. Salvo Isabella.

Armando notó la presencia del joven escaleras abajo, lo vio tocarse el cuerpo con las palmas, como si estuviera matando un nido de avispas que hubiera invadido su traje, y supo de inmediato que acababa de llegar un nuevo integrante al cuerpo de detectives.

—Mira ese niño, Isabella. Parece un hijito de papi que no sabe lo que se le viene encima —dijo Armando, llevándose a la boca el vaso de polietileno.

—Déjame adivinar... veinticinco años, el mejor de su clase, vive con sus padres y de seguro que lleva puesto un par de calcetines de algún superhéroe ridículo para motivarse en su primer día —dijo Isabella, mostrando interés ante el nuevo compañero.

—¿Quieres apostar? —curioseó Armando, mientras exhalaba el humo transparente de su cigarro.

Isabella aguzó la mirada como un gato a punto de cazar una paloma. Volvió a examinar a Víctor. Se tomó su tiempo y bebió un poco más de su café mientras observaba.

—¿Qué superhéroe lleva puesto en sus calcetines? —inquirió Armando.

—Mmm... —Isabella entrecerró los ojos y guardó sus labios dentro de su boca, como si acabaran de hacer la última pregunta en “Quién quiere ser millonario”.

—Déjale esto a los profesionales —interrumpió Armando—. Debe ser fan del animé... Goku o algún otro mono chino.

—No —rebató ella con una sonrisa burlona—, el niño se peina a la derecha y atrás, además tiene un semblante serio ... Me inclino por un superhéroe clásico de Marvel; quizás Ironman o el capitán América.

Víctor comenzó a subir las escaleras, a veces trotando, como un Rocky Balboa hiperventilado, a veces caminando, controlando los nervios. Cuando llegó hasta la entrada principal suspiró y contempló la puerta, por donde entraban y salían personas relacionadas al departamento de policía; detectives, gendarmes, fuerzas especiales; también, civiles que iban ahí a hacer algún trámite. Uno de estos golpeó a Víctor con el hombro.

—¡Córrete! —dijo.

Víctor lo siguió con la mirada y se limitó a quedarse callado, notando la cabellera roja que el hombre intentaba ocultar bajo una capucha de color negro.

—¡Oye, niño! —vociferó Armando—. Primer día y ya todos te odian —bufó, pisando la colilla de su cigarro.

—¿Cómo sabe que es mi primer día? —indagó Víctor.

—Soy pitoniso —terció Armando con una media sonrisa—. Mi compañera y yo te damos la bienvenida —Víctor asintió con gratitud. Armando continuó—. En este departamento, es tradición de buena suerte que los primerizos muestren sus calcetines —Isabella asentía con cara de inocencia y seriedad—. ¿Me los mostrarías?

—Si es una tradición... —Víctor levantó su pantalón hasta la altura de los tobillos mostrando la imagen del hombre araña.

Isabella levantó una ceja y miró a su compañero. Armando negó con la cabeza con una sonrisa burlona. Ella había especificado: Ironman o Capitán América. No había ganador: la apuesta quedaba nula.

Víctor se los quedó mirando, presintiendo que se estaban burlando de él. Apretó la carpeta beige y dio un pisotón, una señal de amenaza poco común en él.

—¿No tienen nada mejor que hacer que burlarse de la gente nueva? —dijo serio, mientras se acercaba a Armando hasta quedar cara a cara con él, a modo de desafío, colocándose en posición de combate.

Armando observó el puño derecho del novato, cerrado y tembloroso. Dedujo que el muchacho era diestro, pero no estaba acostumbrado a la violencia. Guardó silencio.

Víctor se alejó y entró al edificio.

—Te dejó callado el nuevo —dijo Isabella, y le dio otra calada a su cigarrillo—. Espera a que los demás se enteren.

—Mocoso orgulloso, impulsivo y malhumorado. Los de su tipo duran poco en la ciudad —comentó Armando con sorna, pero también con tristeza.

—Apuesto que no dura un año —sostuvo la oficial.

—Apuesto que no dura tres meses —replicó Armando.

Al entrar al edificio, Víctor pidió indicaciones al guardia que custodiaba el ingreso. El aspecto cansado del hombre delgado, viejo y con lentes de alto aumento le causó lástima. Preguntó por la oficina de la comisionada, quien ejercía el más alto rango en la institución policiaca de Franklin. El anciano apuntó a las escaleras imperiales. Víctor quedó estupefacto al ver lo imponentes que eran. Parecían sacadas de un museo o una mansión.

—Segundo piso. Es la oficina que se encuentra justo al centro —dijo el guardia sin mirar al joven a los ojos, como si fuera un experto identificando detectives.

—Muchas gracias, eh... don Gabriel —replicó Víctor, leyendo la placa del guardia, quien no despegó la vista de la puerta giratoria.

Ignorando la indiferencia del guardia, el nuevo detective se dirigió a la oficina de la comisionada, donde estaba impreso: "Comisionada Mía Arenas". El novato contuvo el aire por dos segundos y exhaló para ahuyentar el nerviosismo infantil que llevaba guardado en la boca del estómago. Llevando la mano a la perilla, Víctor abrió la puerta.

Las murallas y la puerta principal de la oficina producían buena aislación. Todo estaba diseñado para absorber cualquier tipo de sonido y ayudar a la acústica de la estancia. El interior tenía un orden minucioso, perfecto. La imagen de la alcaldesa de la ciudad de Franklin le sonreía sobre la cabeza de la comisionada, por encima de una amplia colección de libros y archivadores. La oficina era amplia, tenía las paredes claras y el piso mullido, y una pequeña estufa hogareña entibiaba el ambiente. Víctor pensó que la comisionada Mía era una mujer calma, seria y concentrada en su trabajo.

—¿No toca la puerta antes de entrar? —inquirió Mía sin, quitar de vista su computador. Víctor se disculpó y salió de la oficina cerrando la puerta por fuera. Tocó la puerta y volvió a entrar con una sonrisa nerviosa.

—¿Es usted un payaso, detective? Su numerito no me causa gracia—lo amonestó Mía, tan seria como un cirujano durante un trasplante de corazón.

Mía examinó al joven detective. Víctor era atlético, firme, sano y fuerte. Su boca era tan fina que si se dejaba crecer la barba, desaparecería. Llevaba el cabello negro corto y peinado como si acaba de salir del ejército. El rostro era afilado, impenetrable y endurecido.

Víctor entregó la carpeta a la comisionada. Ella le observó las manos. Eran finas y delicadas. Mía levantó la vista e indagó en los ojos de su visitante. Despiertos, concentrados, pero a la vez turbios. Abrió el expediente. Víctor había sido el mejor de su clase, destacando tanto en las asignaturas técnicas como en las físicas. Pero eso no era lo importante. Mía se fijaba en el análisis psicológico que entregaba el o la profesional a cargo del muchacho. Los adjetivos positivos se destacaban: Apasionado, decidido, honesto, leal. En cuanto a los negativos: Terco, insolente, rebelde. Sin embargo, habían características que Mía no sabía cómo calificar: exigente y trabajador. Eran atributos que en ese departamento se habían perdido. Tarde o temprano, la ciudad terminaba por corromper a los agentes. Mía cerró la carpeta y extendió su brazo para dar un fuerte apretón de manos al nuevo integrante de su equipo.

—Víctor Arévalo, le doy la bienvenida al cuerpo de detectives de Franklin —expresó la mujer con gentileza—. Espero lo mejor de usted.

—Lo tendrá, comisionada, se lo aseguro —afirmó Víctor, apretando con fuerza la mano de su jefa.

—Seré sincera con usted, detective —continuó Mía con un tono más reservado, como si lo que estaba a punto de decir no debiera salir a la luz por su boca—. Esta ciudad no es como las demás.

—¿A qué se refiere, comisionada? —preguntó el novato.

—Aquí, en Franklin, los criminales y los robos no son como en otros lugares. Aquí hay muchos maniáticos dando vueltas, que jugarán con su psiquis hasta dejarlo sin poder dormir por las noches. Pensé que la locura sórdida que im-

pregna las calles dejaría de sorprenderme. No ha sido así hasta el día de hoy.

—Entiendo y aprecio sus palabras, comisionada. Sin embargo, creo estar preparado.

Mía se quedó mirando a los ojos de Víctor. Suspiró y le pidió con un gesto amable que la acompañara. Casi al llegar al subterráneo, abrieron las puertas de la morgue. Se encontraron con pesas e instrumentos quirúrgicos que para Víctor eran familiares: los había estudiado en la academia. Mía le presentó al doctor Ortega, un hombre que rondaba los cuarenta, delgado, de cabeza calva, barba en forma de chivo y ojos inexpresivos hasta resultar casi vacíos. El novato estrechó la mano grande y gruesa del doctor y éste sonrió con sus dientes torcidos y amarillentos.

—Doctor Ortega, sería usted tan amable de mostrarle el cuerpo que llegó hace dos días al detective Arévalo.

—Por aquí, joven —dijo el doctor, sonriendo.

El doctor Ortega llevó a ambos detectives a un refrigerador mortuorio de tres cuerpos frontales. Apoyó su mano en el panel frontal, introdujo una llave y tiró de la manilla que estaba en la parte del medio de la estructura. Los detectives observaron el cuerpo mientras el doctor Ortega sacó una carpeta llena de apuntes.

—Luis Alberto Zúñiga Letelier hizo su ingreso a la morgue a las cinco de la madrugada del 19 de junio del presente año. El cuerpo presentaba diversos moretones formados por la destrucción de los vasos sanguíneos que se encuentran cerca de la superficie de la piel. La sangre se filtró afuera de los vasos, como puede ver acá. Calculo que llevaba unos setenta días muerto antes de llegar a la morgue. No presentaba olor a podredumbre; al contrario, el cuerpo olía a aceites vegetales. En su mano derecha el individuo llevaba consigo el amuleto de un águila; en la izquierda, de un gato. Cuando iba a abrir el cuerpo para inspeccionar los órganos, dos oficiales me entregaron cuatro vasijas. Los órganos del difunto estaban dentro de los recipientes, lavados en vino de palma —el doctor interrumpió su discurso—. ¿Me sigue, detective Arévalo? —Víctor contestó con una mirada seria. El tanatólogo continuó—. Los órganos estaban dentro de las vasijas, excepto uno. Su corazón seguía dentro del pecho, intacto. La nariz presentaba un orificio en lugar de las

dos fosas nasales, presentando diversos daños. Seguro extrajeron su cerebro con ganchos de cobre...

—¿Momificación egipcia? —sondeó Víctor, incrédulo, intentado averiguar si le estaban tomando el pelo. Esos rituales habían terminado hacía miles de años y nada en su formación lo había preparado para algo así.

—Debió haberse dado cuenta apenas mencioné las vasijas.

—Bienvenido al cuerpo de policía de la ciudad de Franklin. Este es su primer caso. Lo llevaré con su compañero —declaró Mía.

Lejos del departamento de policía, la señora Fabiola Saavedra, una mujer de unos cuarenta y ocho años, subía las escaleras de su casa y entraba a la habitación de su hijo suspirando de orgullo al mirar el diploma de la academia de detectives que colgaba en la muralla. Con un paño y un lustramuebles comenzó a limpiar la pequeña, pero cómoda habitación. Encima de la cama había un libro llamado *Rutas Ambiciosas*, que Fabiola guardó en la estantería. Se asomó por la ventana y vio que la lluvia ya amainaba y las nubes se dispersaban con lentitud. “Buena suerte, hijo” pensó, mientras una brisa helada golpeó su rostro despejándole el pelo de la frente, que llevaba suelto.

Fabiola sabía que la ciudad de Franklin no era un lugar fácil de manejar. Ella provenía de los sectores más vulnerables de la capital y conocía el tipo de gente que habitaba en esas zonas. La mayoría era gente buena, trabajadora y esforzada, pero en la oscuridad de Franklin moraban también los criminales más extraños: los que no salen en los diarios o los documentales de televisión. Solo la gente que había vivido ahí estaba al tanto de su existencia. Fabiola estaba preocupada, pero sabía que su hijo tenía excelentes notas, por lo que de seguro sería asignado un puesto de oficinista en vez de estar en las calles, lo que lo mantendría fuera de peligro.

Recordar que su hijo trabajaría en esta particular localidad puso tensa a Fabiola de todas formas. Pensó en llamarlo. Volvió a pensarlo y se dijo que era mejor mandar un mensaje vía texto, pero temió que aquello pusiera a su hijo más nervioso de lo que ya estaba en su primer día.

Fabiola pensó en hacer las cosas de la casa para así olvidarse del asunto un rato, pero con cada giro, en cada pieza,

recordaba lo que vivió en Franklin por más de veinte años. Al prender el televisor y darse cuenta que estaban dando un programa para niños, recordó que en la estación de TV de Franklin pasaban un programa parecido. La estrella del programa, el señor Wailo, terminó por ser detenido por el departamento de detectives de Franklin por pedofilia e infanticidio. Se encontraron huesos calcinados de niños, cuerpos en descomposición y niños secuestrados en una bodega junto al río San Miguel, que cruzaba la ciudad; estos hechos nunca se hicieron públicos en los medios nacionales. Fabiola todavía se acordaba de la canción introductoria del programa del señor Wailo.

Suspiró. Sacó de la despensa tomates, lechuga, legumbres y un trozo de carne. Tomó un cuchillo carnicero, lo que gatilló otro recuerdo: las múltiples pandillas que habitan en la zona. En el sector sur, “Los ángeles caídos”; en el centro, “Los rompecorazones”; en el norte, “Los vampiros”. Cada una de esas bandas tenía una forma particular de asesinar a sus rivales: los Ángeles caídos apuñalaban la espalda y dibujaban unas especies de alas a sus rivales, los Rompecorazones apuñalaban en el pecho y los Vampiros en el cuello.

“Debí contarle lo que sé a Víctor apenas supe que iría a Franklin” pensó. Pero sabía que el carácter de su hijo era fuerte y de seguro pensaría que su madre no lo consideraba digno para del desafío. Decidió callarse y dejar a su hijo gozar de la satisfacción de tener su primer empleo como detective.

Antes de subir por las escaleras Víctor se inspeccionó, revisó el dobladillo con quiebre de su pantalón, un poco más arriba de los cordones de sus zapatos negros. El pantalón azul marino estaba planchado de forma perfecta y su corte era intachable y recto. Nada podía salir mal. Se abotonó los tres botones de su muñeca y sacudió su chaqueta hacia delante desde su pecho con ambas manos para alentarse: “Todo estará bien”, pensó.

II

07:45 am

Víctor llegó a su escritorio. Sería su hogar por el tiempo en que trabajara en la ciudad. Encendió el computador marca Bronco modelo 315-20AZT color blanco. En la pantalla apareció el logo triangular de la empresa Retro X y mientras esperaba a que la computadora cargara, fue a buscar una taza de café para evadir el frío. Los oficiales superiores no querían darle café a menos que antes él le sirviera café a todo el personal. Uno de los oficiales, Luciano, pidió a sus demás colegas que dejaran de mofarse del chico y le sirvió él mismo un poco del brebaje. Víctor agradeció y Luciano invitó al muchacho a que le echara azúcar. Luciano mismo le entregó el azucarero; lo que Víctor no sabía era que dentro había sal. Víctor bebió para luego escupir el líquido al suelo y desatar la risa de la cafetería en pleno. Trató de tomárselo con humor. Pero mirando por el rabillo del ojo, notó la presencia de un sujeto que estaba inspeccionando su escritorio.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó al desconocido con la taza de café todavía en la mano, nervioso después de las constantes bromas.

—Alexander Álvarez —el hombre alargó su brazo y estrechó la mano de Víctor con calidez, aunque el muchacho parecía desconfiado y alerta—. Soy tu nuevo compañero.

—¿Mi compañero? No es broma, ¿o sí? Ya me han hecho demasiadas —explicó Víctor.

Alexander parecía estar entre los cuarenta y cinco y los cincuenta, en realidad tenía cincuenta y seis. Era atlético; solo las canas en su barba desprolija delataban su verdadera edad. Tenía el cabello grasiento hasta los hombros, con mechones blancos y negros. A pesar de su buen estado físico, el rostro de Alexander era cadavérico. Al detenerse a mirar, la cara parecía amistosa. Tenía las cejas espesas y blancas, ojos azules intensos que contrastaban con su piel morena.

—Puedes llamarme Alex. No me gusta que me llamen por el apellido, detective Arévalo —una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Un placer, detective Alex —dijo Víctor, amistoso, estrechando su mano una vez más—. Curioso caso el que nos asignaron: una momificación.

—Aquí en Franklin suceden cosas casi inexplicables; como... como... —chasqueó sus dedos para recordar—, como, por ejemplo, el pintor asesino Norberto ¿Lo conoce? —Víctor negó con la cabeza—. Dejó muchas pistas en cada una de sus pinturas, pistas sobre quiénes serían sus próximas víctimas. No nos dimos cuenta hasta que me puse a examinar cada detalle en cada uno de sus cuadros. Al final realicé un examen de ADN en las pinturas, que coincidía con las cartas que dejaba y, por suerte, conseguimos un match.

Víctor no tenía registros de un caso como ese. Parecía imposible que algo tan increíble no hubiera salido en televisión, que no se guardaran registros de sus asesinatos en la academia, que en los periódicos no se hubiera mencionado nada. Víctor decidió preguntarle por qué Norberto no había salido en ningún medio de comunicación. Alex se rascó la cabeza y miró en todas las direcciones como tratando de esquivar la pregunta, hasta que la mirada franca de Víctor hizo que cediera.

—Nunca lo atrapamos —rio Alex, quitándole importancia al caso—. Tuve la orden de arresto, tenía testigos e incluso registros de cámaras de seguridad, pero cuando fui a buscarlo, el gusano se había esfumado, de seguro con otra identidad. Hasta el día de hoy nadie sabe de su paradero.

—¿Cuántas víctimas? —preguntó el detective novato, sorprendido.

—Treinta hombres, quince mujeres y dos niños — Alexander se acercó a Víctor y susurró—. Los niños eran sus hijos.

Víctor se sintió indignado con el sistema. Cómo era posible que aquello se mantuviera oculto. Norberto seguía suelto quién sabe dónde. Quizás hasta podría volver. Quizás alguien podría identificarlo si hubieran hecho pública la información. Desde su Smartphone Víctor se puso a leer sobre los criminales más buscados: Norberto no aparecía por ninguna parte.

—Hay tantos casos aquí que nunca saldrán a la luz. Esta momia que tenemos que investigar probablemente tampoco aparezca en el noticiero de las 21:00 — Alexander sonrió para agregar—. ¿Tienes un equipo favorito de fútbol?

Víctor quedó sorprendido al notar el cambio abrupto en la conversación y contestó nervioso, casi como si la voz no quisiera salir de su boca.

—Los Cuervos —titubeó.

—¡Lo sabía! Desde la cafetería podía sentir el olor a pájaro

—Alexander sacó de su bolsillo dos tickets y entregó uno a Víctor.

“Partido válido por el Campeonato Nacional de Fútbol. Los Cuervos F.C. vs Los Toros de Franklin. Estadio Matederos de Franklin 16:30 horas domingo 27 de junio. Asiento G33 fila H”

Al tomar el ticket Víctor recordó que la última vez que había ido al estadio había sido de pequeño, con su padre, cuando los albicelestes de Magallanes derrotaron a Los Cuervos por dos goles contra cero. Recordó lo triste que se puso su padre y extrañó momentos así con su viejo, momentos en que los sentimientos estaban a flor de piel, sobre todo en una familia tan inexpresiva. Víctor tenía grandes deseos de asistir una vez más con su padre, pero no había tiempo. Su padre vivía agobiado por causa del trabajo y Víctor estaba empeñado a dedicar todo su tiempo a convertirse en un detective ejemplar.

Como si adivinara sus pensamientos, Alexander anticipó su preocupación.

—Despejar la mente por noventa minutos no hace daño. Además, no estaría mal romper el hielo. Tu equipo perdiendo contra el mío. ¿Qué dices?

—Está bien —dijo Víctor, agradecido por la invitación. Después de todo, comer un sándwich con una bebida a la salida del partido hace bien, pensó—. Alexander, como usted sabe, soy nuevo y no conozco nada de este caso. ¿Tendrá usted por casualidad alguna ficha, registros, entrevistas o algo? Quisiera ponerme al día.

—Dejaré aquí mi archivador con las entrevistas a los testigos y mi trabajo realizado hasta la fecha. Mientras tanto iré a comprar unos remedios para mi esposa: el invierno le afecta los pulmones. De seguro que para cuando yo vuelva ya sabrá más que yo.

Ficha Personal

Nombres: Luis Alberto, **Apellido paterno:** Zúñiga,

Apellido Materno: Letelier

Fecha de nacimiento: 02/07/1971

Ciudad: Franklin, **Domicilio:** Los Alerces 42

Estado civil: Casado

Datos Familiares:

Nombres: Marcela Alejandra Durán Reinado,

Parentesco: Cónyuge

Fecha de nacimiento: 06/03/1972

Número de hijos: 3

Lugar donde ocurrió la defunción: Universidad Estatal de Franklin.

Área donde ocurrió la defunción: Departamento de Historia. Sala de profesores.

Sexo del fallecido: Masculino.

Probable Manera de muerte: Violenta/ Posterior momificación.

Tipo de documento de identificación: Cédula de identidad

Interrogatorio a cargo del detective Alexander Álvarez 20/06/2020, 08:00AM

Álvarez: Buenos días, don Tomás. Cuénteme, ¿qué pasó ayer en la noche?

Torrealba: De buenos días hay bien poco.

Álvarez: Lo entiendo. Hábleme de su trabajo y cómo dio con el cuerpo.

Torrealba: Eh... Salí de mi casa a las 20:00 ayer, el 19 de junio. Mi mujer me sugirió que me abrigara bien ya que la temperatura tiende a bajar en las tardes y a la gente de mi edad eso nos pasa la cuenta. En fin, mi hijo me llevó al trabajo. Usted sabe que trabajo de nochero en la Universidad Estatal de Franklin.

Álvarez: Sí, pero dígame de todas formas toda la información que pueda ser relevante al caso.

Torrealba: Ah. Bueno, trabajo de nochero en la Universidad hace ya 15 años. He durado tanto en ese trabajo porque nunca se ha perdido nada en mi turno y dejo todo impecable. Por eso todos me quieren allá. Llegué a mi trabajo,

me puse el uniforme y me senté en mi oficina a escuchar el partido de la Copa Libertadores.

Álvarez: Universidad Católica vs Boca Juniors. Yo lo estaba viendo en un bar.

Torrealba: Fue un gran partido. Perdimos 1-0 pero, seguro que ganamos la final aquí en Santiago la próxima semana. La cosa es que una vez terminado el partido y las entrevistas post partido, tomé la escoba y me puse a limpiar dentro de la Universidad.

Álvarez: Entonces, me imagino que usted se puso a limpiar a eso de las 12 de la noche, quizá más tarde.

Torrealba: 01:00 de la madrugada en punto. Vi mi reloj antes de salir a limpiar.

Álvarez: ¿Es habitual esa conducta de salir a limpiar en la madrugada?

Torrealba: La verdad es que sí. De niño siempre fui inquieto, así que no puedo permanecer mucho tiempo tranquilo en un lugar. Me puse a limpiar primero el departamento de Historia. Ahí estudian los pedagogos, arqueólogos, antropólogos, paleontólogos y todos los “ólogos”.

Álvarez: ¿Por qué se puso a limpiar primero el departamento de Historia?

Torrealba: Porque siempre dejan sucio. Y por mucho que el personal de limpieza haga su trabajo, siempre quedan residuos en el suelo, ventanas e incluso el cielo. Recorrí los pasillos y los dejé impecables. Entré a cada salón de clases a limpiar. Hasta que... entré a las oficinas de los jefes de carreras. Ahí estaba, encima de la mesa principal, lleno de vendas.

Álvarez: ¿Usted se refiere al cuerpo?

Torrealba: Al principio pensé que era una especie de proyecto o tarea, o una representación de algo. Me acerqué y lo toqué: tan rígido como una piedra.

Álvarez: ¿Sintió algún mal olor dentro de la sala o algo que acusara que era un cadáver lo que estaba en la mesa?

Torrealba: No había ningún mal olor. Todo lo contrario, la sala parecía estar aromatizada con un perfume de esos caros. Es probable que usted no me crea, pero me di cuenta de que algo raro pasaba con el cuerpo cuando dio un pequeño salto.

Álvarez: Es difícil creer algo así. Según nuestro médico forense, el cuerpo llevaba alrededor de 70 días muerto.

Torrealba: Yo lo vi saltar con mis propios ojos. También escuché el impacto en la mesa. Casi se me paró el corazón. Luego del susto, llamé a la policía. La otra vez, con Marta, vimos una serie de médicos y en ella, un doctor dijo que cuando el cuerpo se expone a tanto dolor, queda con espasmos incluso después de que su cerebro deja de funcionar.

Interrogatorio a cargo del detective Alexander Álvarez 20/06/2020. 12:30PM

Álvarez: Entiendo lo difícil que esto es para usted, Sra. Marcela, pero intente colaborar con lo que más pueda con nuestra investigación para que consigamos saber qué pasó con su marido.

Marcela Durán: No entiendo cómo esto pudo haber pasado, y menos a mi esposo. No sé qué clase de mente enferma puedo haber hecho algo así.

Álvarez: Partamos por lo básico. ¿A qué se dedica su esposo?

Durán: Mi esposo era un arqueólogo de la Universidad Estatal de Franklin, reconocido tanto a nivel nacional como internacional. En su formación especializada, mi marido destacó en trabajo de laboratorio, etnologías y estudios interculturales. Tiene títulos y reconocimientos. En su tesis, Luis habló del valor y el significado del olivo y su aceite en el antiguo Egipto. Luis aseguró que los egipcios en la antigüedad aprovecharon al máximo ese recurso. La idea de la tesis era mostrar la evolución del olivo en la civilización en los distintos modos de cultivo y producción y el tipo de agricultores dedicados al trabajo, y realizó un análisis comparativo con la península Ibérica. La tesis fue aplaudida por sus profesores guías y el director de su carrera.

Álvarez: Me sorprende que usted tenga tan fresca la memoria para recordar tan bien toda esta información. ¿Estudiaron los dos lo mismo?

Durán: No, yo soy traductora. Si sé algo del antiguo Egipto, es porque Luis no paraba de hablar de él. Luis aprendió a hablar francés, inglés y árabe egipcio. Fui su profesora de francés e inglés y mientras yo intentaba aprender otras lenguas, él me hablaba de convertirse en un egiptólogo.

Álvarez: Perdone usted mi ignorancia, señora Marcela. ¿A qué se dedica un egiptólogo?

Durán: Un egiptólogo estudia la civilización egipcia a partir de los restos arqueológicos encontrados. Recuerdo que Luis se pasaba horas y horas limpiando, dibujando y examinando pequeños restos de cerámica o de cualquier otro material para luego estudiarlo.

Álvarez: ¿Notó usted algún comportamiento extraño en su marido? Días, semanas, incluso meses antes de ser asesinado.

Durán: Claro que sí. Hace años que lo noto muy extraño. Digamos que hace dos o tres años atrás. Luis fue parte de una exploración arqueológica submarina a la antigua ciudad de Heracleion. Yo siempre lo acompañaba a sus excursiones, pero me da miedo estar bajo el agua. Cuando Luis volvió de su viaje era otra persona: más serio y abstraído en su trabajo, como si hubiera encontrado el santo grial. No quería hablar de lo que le pasaba y tampoco quería que nadie lo molestara.

Álvarez: ¿Le preguntó usted directamente a su esposo qué estaba pasando?

Durán: Claro. Me dijo que habían logrado un extraordinario descubrimiento: algo sobre el anillo de Bastet, la diosa en forma de gato de los egipcios. Esa teoría del anillo cambió por completo a mi esposo. En la Universidad de Franklin lo despidieron porque se había obsesionado con el tema hasta el punto que tanto los alumnos como el mismísimo jefe de carrera terminaron por cansarse de él.

Álvarez: ¿Sabe usted si su esposo tenía algún tipo de enemistad con alguien? ¿Le había advertido la presencia de algún peligro?

Durán: No, Luis no era conflictivo. Era solo alguien obsesionado con su investigación.

La gran mayoría del personal policiaco del departamento de Franklin habría dejado sin leer el informe de Alexander. No Víctor. Él tenía deseos de actuar, quería ser admirado por sus padres y la jefatura entera, quería ser el rostro de la justicia: que cuando alguien hablara de la policía, lo primero que se viniera a la mente de las personas fuera su nombre. El joven detective era de aquellas personas que estaban dispuestas a sacrificar todo por resolver un caso. Víctor dejó los documentos sobre su escritorio y decidió ir a la Universidad Estatal de Franklin por su cuenta. Su estrate-

gia era simple: ir a tomar muestras, hablar con los médicos forenses a ver si habían encontrado huellas. También quería ver la escena del crimen por si encontraba algo inusual y así sorprender a su compañero y los demás: quería demostrar su valía.

III

08:00 am

Alexander Álvarez subió a su Mini Cooper del año 2008 y accionó los limpiaparabrisas. No quiso encender la calefacción del vehículo, ya que, según él, consumía gasolina extra. Por eso encendió un cigarrillo, para mantener sus pulmones tibios y su ansiedad al mínimo. Retrocedió lo justo y necesario para salir del estacionamiento e hizo un gesto al guardia que custodiaba los vehículos dentro de la institución policiaca. Tomó la avenida principal y se dirigió hacia la calle Independencia y de ahí hacia la costa. En la radio sonaba su programa deportivo favorito y las noticias no eran muy alentadoras para el equipo de sus amores. La estrella de Los Toros, Ricardo Marín, se había lesionado la rodilla izquierda. Eso lo dejaría fuera de las canchas por al menos dos meses, justo en el momento clave para el equipo, que necesitaba ganar a toda costa para evitar descender. Alexander golpeó el manubrio al enterarse de la noticia y chasqueó la lengua. “Parece que otra vez vamos a perder” pensó el detective, imaginando ya la paliza que se podía venir el domingo cuando enfrentaran a Los Cuervos. —Ya partí mal el día —masculló, mientras se miraba a los ojos por el retrovisor y estrellaba la colilla del cigarro contra el panel de su auto.

El Cooper avanzó por Independencia hasta llegar a uno de los peores sectores de la ciudad de Franklin: “El Cerrojo”. Estaba ubicado en el sector norte y era conocido por que englobaba villas como la Káiser, la villa Chuty y la villa Sub, donde las tomas ilegales de terrenos eran tan cotidianas como los disparos al anochecer. Alexander se estacionó frente al bar “Barbarroja” y entró, a pesar de estar cerrado para el público; todavía era muy temprano. Al pasar por la puerta, fue mal recibido por uno de los guardias.

—Mira el letrero, anciano: está cerrado. No vuelva aquí al menos en un par de horas —expresó un moreno de dos metros de estatura, cruzando los brazos para que sus músculos intimidaran a Alexander.

—Dejaré pasar los insultos y tu actitud de macho, porque no me conoces. Abre la puerta.